

LAS VENTANAS DE MANUEL RODRÍGUEZ

La pintura de Manuel Rodríguez, sobre todo cuando se contempla por primera vez, antes de que un examen más atento nos afirme en ciertas realidades, nos propone preguntas a las que, de entrada, nos cuesta responder.

¿Este pintor es verdaderamente un surrealista? ¿es lo que llamamos un naif? Si, a primera vista, su mundo se puede relacionar con los de Dalí o Tanguy, también se piensa en Seráphine o Rousseau; pero una mirada más detenida nos avisa de las diferencias entre la poética de nuestro artista y las de ellos.

Tampoco andan muy lejos de sus imágenes El Bosco o algunos primitivos holandeses; muchas de las pinturas de Manuel Rodríguez, vistas de lejos, podrían adscribirse a Dalí, pero luego, el descubrir su personal técnica y la repetición obstinada de muchas de sus figuraciones, nos obliga a reconocer su individualidad.

Por otra parte, su autodidactismo y su forma de hacer, nos animan a acercarlo a la pintura naif. ¿Nos hallamos ante un naif surrealizante? Difícil resulta clasificar a quien, sin embargo, es tan verdadero.

Además, Dalí, por ejemplo, nos habla sobre Lenin o sobre Cristo (“Seis apariciones de Lenin sobre un piano”, “Corpus Hiper cubus”), pero en su mensaje no es tan claro como nuestro pintor que, podríamos decir, se moja cuando opina en sus pinturas sobre la Comunidad Económica Europea, o el 11-F.

Una mirada sobre sus obras –una mirada atenta, se entiende- nos descubre que bajo la apariencia caprichosa o un tanto barroca de su figuración, se oculta generalmente una denuncia. Porque Manuel Rodríguez trabaja, además, con su ética a mano, siempre. Hay en muchas de sus obras una como disertación moral sobre acontecimientos, sucesos o problemas sociales: aquí están las Torres Gemelas y el ya mencionado 11-F; el pastel a repartir por algunos políticos o utilizando el título de alguno de sus cuadros, otros calvarios.

Pero el pintor no sólo es un acusador de acontecimientos de todos conocidos. También conmemora los días de gozo: una radiante tarde en la playa; una fiesta popular o el mundo de un niño, son motivos más que suficientes para despertar su fantasía. Nada mejor para comprobar su autenticidad que mantener una charla con él o visitar su casa, donde entrar en alguna habitación es como penetrar en un cuadro suyo, tal es la simbiosis entre su arte y su vida. Manuel Rodríguez es auténtico y es natural.

La pintura de este artista parece tener su origen en amplios cuadros que sólo tenían la intención decorativa de adornar un espacio. Pero en algunos que he tenido la ocasión de contemplar, un desasosiego inesperado nos asalta. Sin tener nada que ver –¿o sí?- uno recuerda al Piranesi más extremado.

Según me cuentan, nuestro artista dio un giro importante al desarrollo de su pintura, cuando alguien con intuición y vista de largo alcance, le pidió que pintara para ella “un cuadro raro”. A partir de ahí, Manuel Rodríguez inició un camino que encadena sus obras hasta su producción más reciente.

Escribía André Bretón: “...me resulta imposible pensar que un cuadro es otra cosa que una ventana, y ante ella, mi primer deseo es saber adonde da...” La frase parece escrita para Manuel Rodríguez.

Generalmente y sobre todo en sus últimas obras, el pintor procede siguiendo siempre el mismo programa: sobre un fondo ricamente texturado – que trae a la memoria algunas realizaciones de Max Ernst- se extiende la silueta de aquello que da motivo a la narración que el artista nos propone. Pero esta imagen, esta silueta, se abre como una ventana para mostrarnos lo que hay más allá.

Ese otro lado, muestra imágenes que son recurrentes en su obra: raíces, cadenas, cruces o globos que ascienden; también con frecuencia, las imágenes se acompañan de palabras escritas como PAX, RESPETO, PAN o LIBERTAD, que también son recurrentes y aclaran aún más las intenciones del artista; en muchos de sus cuadros aparece un S.O.S. premonitorio, de algo terrible. Incluso alguna de sus obras toma el S.O.S. como título. También el pintor dedica alguna pintura a sus narradores o poetas preferidos como Cervantes o Lorca.

Las pinturas de Manuel Rodríguez son inconfundibles y aunque sus preocupaciones o su técnica hayan cambiado a lo largo de su ya extensa obra, siempre está en ellas su inquietud por el desarrollo de los acontecimientos sociales o políticos que nos obligan a considerar lo que ocurre en el mundo en que vivimos.

No ha sido esta ciudad –Granada- muy proclive a cobijar a sus artistas naifs, ingenuistas o como queramos llamarlos. La ciudad suele encogerse de hombros ante los problemas de su patrimonio o mira para otro lado e ignora la obra de sus artistas. Recuerdo ahora al desaparecido Antonio Guijarro, seguramente el naif más puro que haya dado nuestra ciudad. Pasó sin más reconocimiento que el que le ofreció la también desaparecida Galería Laguada, que lo acogió y le ofreció sus paredes para que se manifestara. Pero aparte de esto, poco más.

No es este el caso de Manuel Rodríguez, quien ya ha expuesto en nuestro país y fuera de él. También se le han abierto espacios como el Hospital Real, por ejemplo; pero de cualquier forma, en éste caso la ciudad no debería volver la cabeza.

La oportuna exposición de este artista –en ésta muestra arropada por el Excmo. Ayuntamiento de Granada- nos ofrece la ocasión de mirar de frente a alguien que ha tenido el valor de mostrarnos el otro lado de las cosas. Aunque sólo fuera por eso, ésta vez no debería caer en saco roto.

Claudio Sánchez Muros